



Carlos Sanz Establés
Joaquín Sotelo González
Ángel Luis Rubio Moraga
 (Coords.)

PRENSA Y PERIODISMO ESPECIALIZADO II



II congreso
PRENSA y PERIODISMO
especializado

(Internacional)

(Historia y realidad actual)

II International Congress on Specialized Press and Journalism
 II^e Congrès International de Presse et Journalisme Spécialisé

No sería fácil encontrar un nuevo a Ronaldinho en el Madrid



PC WORLD
Fuera CABLES
 36 productos wireless

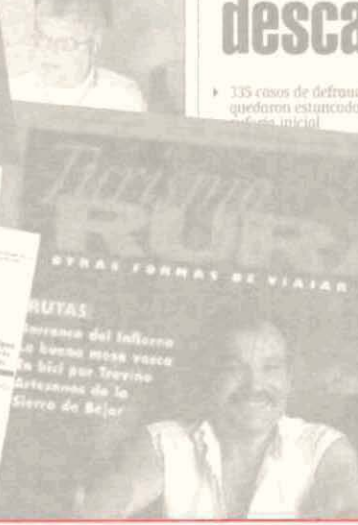


TERINARIA
 LA DISPERSION NORMATIVA EN DEONTOLOGIA DEL EJERCICIO PROFESIONAL?

Encendió mecha
Proclama el descanso

VANGUARDIA
 Cataluña: PSC gana, CiU resiste y PP...

Clarín
 hora que se va, enem recorta estos reservados



6 TARROS
 amplio triunfo del PSOE en Andalucía y varapalo a I...

ME PENSABAN SU GABINET
 Valdano tampoco descarta al Barça para ganar la Liga

Valdano tampoco descarta al Barça para ganar la Liga

Valdano tampoco descarta al Barça para ganar la Liga

LOS SUPLEMENTOS LITERARIOS: ENTRE EL NUEVO PERIODISMO, LA REGENERACIÓN CULTURAL Y LA CUESTIÓN SOCIAL (EL CASO SEVILLANO)

Lorena R. Romero Domínguez
Universidad de Sevilla

Resumen.

Las naturales relaciones establecidas entre periodismo y literatura tras el surgimiento de los primeros informadores en la historia se refuerzan en el transcurso del siglo XIX gracias a los cambios que la instauración del liberalismo, el positivismo y el capitalismo imponen en el panorama comunicativo mundial. España, a pesar de su rémora en el establecimiento de un sistema informativo moderno, también se beneficia de las aportaciones ficcionales a una prensa deseosa de desligarse de la sumisión política a la que ha estado condenada. La contaminación entre una y otra esfera lingüística en el caso español -y por extrapolación, en el sevillano- debe explicarse, además, atendiendo a otros dos factores que coexistieron con la remoción del pensamiento occidental: el juicio nacional tras la debacle de 1898 y la aplicación de la doctrina social católica.

Palabras clave: periodismo, literatura, historia de la prensa, regeneracionismo, descanso dominical.

1. Periodismo y literatura en el paradigma cognitivo de la Europa decimonónica

1830. El primero de los asaltos revolucionarios contra los cimientos del Antiguo Régimen condujo a la vieja Europa, regida por el anhelo de una armonía mundial sobre los principios del legitimismo, a las puertas de un nuevo sistema que venía a perturbar radicalmente la estabilidad que había tratado de perpetuarse mediante anquilosadas fórmulas sociales y políticas ignorantes del nuevo "hombre por y para el progreso" emergido de las doctrinas liberales. El doble proceso de industrialización y experimentación política con el que en ese año se inauguró el derribamiento de anclajes tradicionales no sólo afectó a las dos esferas citadas, sino también al campo de la literatura, que sufrió el revulsivo de la implantación liberal y del capitalismo industrial.

La aparición de la prensa popular, compañera inseparable de la nueva ideología y de la clase social que la asistía en la conquista del poder, la burguesía, sus inaugurales tímidos pasos como "*primera generación de la prensa de masas*"¹ desligada del periodismo fiel a la propaganda de la oficialidad, originó una profunda remoción del canon que en las centurias precedentes había aprisionado la categoría "literaria" en aquellas obras impresas y ficticias sensibles a valores esenciales para la humanidad, según los entendían las instancias que se habían arrogado la responsabilidad de sancionar lo que debía entenderse por tal actividad artística.

De incólume paradigma estético, la literatura sucumbió a la reinterpretación -tanto en su fase productiva como receptiva- a la que obligaba la configuración de un nuevo espacio comunicativo posibilitado por la incipiente gran prensa²: la modificación de sus géneros, la inclusión de la literatura en los círculos de la economía capitalista, la ampliación del elitista auditorio consumidor del libro, y, finalmente, la ruptura de las fronteras entre ficción y realidad de acuerdo con la sensibilidad realista que en el siglo XIX se esforzaba por ofrecer a sus lectores un reflejo de la época en la que vivían y un testimonio de los hechos palpitanes al ritmo de las modernas maquinarias y de los nuevos elementos sociales que habían sido invitados al espacio de lo público. Con respecto a esto último, podemos afirmar que la aniquilación de las barreras entre imaginación y contexto fue definitiva desde el momento en que se convirtió en práctica habitual entre prosistas, poetas y dramaturgos la inspiración en un suceso verdadero para componer su particular fantasía de la realidad. La musa creadora también funcionaba en sentido inverso, es decir, para los periodistas, quienes se mostraron muy dispuestos a acudir a los temas, tropos, mitos, símbolos, *loci* y personajes -en su más variado repertorio de héroe, antihéroe, protagonista, antagonista, etc., en los que se reparten los *dramatis personae*- de la tradición literaria.

Esta primera conexión entre periodismo y literatura no hacía más que anticipar lo que en las dos últimas décadas de la centuria decimonónica se convirtió en una realidad indiscutible gracias al afianzamiento del capitalismo de corte monopolista y a la irrupción de un ya vigoroso periodismo de masas concebido a sí mismo como negocio en el que la inversión de capitales y la revolución de los planteamientos redaccionales y de diseño eran una apremiante obligación si se querían dominar las tiradas, las ventas, y asegurarse, con ellas, la supervivencia gracias a los ingresos de la publicidad.

La herencia literaria, que ya había sufrido una primera embestida en la década de los treinta, volvía a ofrecerse en esta coyuntura del cambio de siglo como un recurso fácil al que se podía acudir para renovar las fórmulas de los diarios y satisfacer las exigencias de nuevos contenidos que demandaba un lector al que interesaba, dada la celeridad de los tiempos modernos, condensar la oferta informativa, formativa y cultural en un solo producto, el

¹ CHILLÓN, A., *Literatura y periodismo. Una tradición de relaciones promiscuas*, Valencia, Aldea Global, 1999, pág. 62.

² Como reconoce Demetrio Castro Alfin, la comunicación, en su doble faceta material y simbólica, puede considerarse un factor indicativo más de las sociedades que en el siglo XIX van a sufrir las mutaciones de la modernización. Frente a una comunidad tradicional, en la que el sistema de comunicación está ligado a la preeminencia política o social de determinados individuos, los cuales monopolizan y entorpecen el fluir noticioso al no dotarlo de los canales de difusión imprescindibles, "*Un sistema de comunicaciones moderno supone una estructura de medios de masa bien organizada y compleja, industrializada y profesionalizada con un flujo masivo de mensajes transmitidos con gran rapidez a una audiencia amplia e indiscriminada. Supone también, al menos idealmente, una independencia casi absoluta del poder político*". Véase CASTRO ALFIN, D., *Los males de la imprenta. Política y libertad de prensa en una sociedad dual*, Madrid, Centro Superior de Investigaciones Científicas, 1998, pág. 12.

periódico, al que se pudiera acceder cómoda y asequiblemente sin el significativo esfuerzo intelectual y económico requerido por el mercado libresco.

De este modo, el fenómeno periodístico se dispuso a absorber del literario todo aquello que le pudiera reportar algún beneficio, prescindiendo de las peculiaridades que entorpecieron su implantación en círculos sociales cada vez más amplios. La contaminación entre factores inherentes a los rotativos -actualidad, periodicidad, acceso rápido a lo sucedido, eliminación de lo accesorio para la línea editorial, sumisión a los imperativos del continente, etc.- y las formas literarias venía fortalecer el maridaje entre dos actividades que, aunque pertenecientes a etapas históricas diferentes, no eran sino resultado de la necesidad del hombre evolucionado que se sentía impelido a transmitir a sus semejantes aquello que pensaba o aquello que había sucedido a su alrededor, recurriendo a los medios más oportunos, mejorándolos y extendiendo su capacidad de penetración en sectores cada vez más amplios.

España, a pesar de su incapacidad para acometer con éxito la revolución industrial, la aniquilación definitiva del orden estamental y su reemplazo por un modelo alternativo plenamente capitalista³, se sumó también a este particular concubinato entre la cultura periodística y la cultura literaria generalizado en el resto del continente, porque se advirtió que el nuevo periodismo necesitaba acudir a la renovada literatura para atraer nuevos públicos, a la vez que la literatura estaba obligada a dejarse seducir por las tribunas de los diarios para ampliar su público tradicional y escapar de la crisis en la que se encontraba sumida el sector editorial español en el cambio de siglo.

2. La presencia de la creación literaria en el periodismo español finisecular

2.1. La conciencia empresarial irrumpe en la esfera periodística

El parcial éxito burgués en sus esfuerzos por minar la fortaleza de los cauces informativos y propagandísticos de las instituciones absolutistas⁴ inauguró un nuevo universo de posibilidades comunicativas para la clase social ascendente, la cual, parapetada en la libertad de imprenta y prensa, hizo de las publicaciones periodísticas un doble aliado en su cruzada por imponer a través de cauces alternativos a la acción institucional la conciencia de que era un

³Ya han insistido suficientemente los estudios que abordan el periplo de las clases burguesas españolas en su experiencia histórica para instalarse en el poder y desbancar las instancias del Antiguo Régimen en los obstáculos que condenaron al fracaso los intentos de este cuerpo social: la inexistencia de capitales nacionales y la consecuente dependencia de los sistemas financieros extranjeros, la perpetuación de la ordenación agraria económica, los bajos índices de crecimiento demográfico, la falta de una satisfactoria infraestructura de telecomunicaciones para la mejor conexión de los mercados, los limitados horizontes en el campo de la investigación y el considerable atraso en la capacitación e instrucción de los ciudadanos, etc. Estos factores frustraron el éxito de la empresa revolucionaria burguesa e hipotecaron en España las aspiraciones democráticas de una clase a la que interesaba más la ley, el orden, la propiedad privada y el prestigio social, que la implantación efectiva de la nueva visión del mundo por ellos proclamada. Para un desarrollo de estos temas, véanse VALLS, J.F., *Prensa y burguesía en el siglo XIX español*, Barcelona, Anthropos, 1988; y VILLACORTA BAÑOS, F., *Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal (1808-1931)*, Madrid, Siglo Veintiuno Editores, 1990; y *Culturas y mentalidades en el siglo XIX*, Madrid, Editorial Síntesis, 1993.

⁴Nos estamos refiriendo fundamentalmente a la Iglesia, quien a pesar de las revoluciones y de la crisis interna que vivía desde el siglo XVIII mantenía su dominio sobre las mentalidades de los ciudadanos gracias al control de la enseñanza y del púlpito.

grupo imprescindible para la dirección política, económica y moral de la sociedad. En lo referente a la política, los diarios y revistas devenían un medio propicio para alcanzar el poder que desde el Antiguo Régimen se le había negado; en un sentido ideológico más amplio, los impresos contribuían a difundir una imagen burguesa de la realidad mediante la inclusión en las páginas periódicas de los gustos y valores característicos de la mencionada clase, que erigió un nuevo lenguaje para enfrentarse a la comprensión del mundo.

Con estas premisas, la prensa sobrevivía viciada y sometida a un poderoso lastre ideológico. Su instrumentalización por parte de la frustrada burguesía fue el principal factor que imposibilitó con posterioridad a la prensa española evolucionar al mismo ritmo de los títulos periodísticos europeos, pues se había sacrificado la potencialidad económica de esta actividad, a la que no se destinaban los recursos humanos y materiales necesarios, en favor de su innegable fuerza cohesiva y de su capacidad para materializar la mentalidad burguesa en el paradigma social dominante.

Podemos afirmar, según se deduce de lo anterior, que no será hasta la liberación de la tutela dispensada por los burgueses cuando podamos hablar de la modernización de la prensa, a la que se dejará entonces competir en régimen de absoluta libertad bajo las reglas de la oferta y la demanda que domeñaban el mercado. La tendencia empresarial, hasta entonces vetada para el periodismo, llegó al panorama comunicativo español con cierto retraso si nos remitimos a lo que había sido la pauta general europea y con peculiares disfunciones resultantes de esa prolongada pervivencia de las constricciones a las que había estado condenada en el angosto espacio del redil político y de la proyección oligárquica y caciquil, tan característica de la actividad gubernativa vigente, sobre el hecho informativo.

Con la excepción de *Las Novedades*, publicación fundada por Ángel Fernández de los Ríos en 1850, y *La Correspondencia de España*, cabecera puesta en marcha por Manuel María de Santa Ana en el año 1859, ambas antecedentes inmediatos del periódico de información, barato y popular, no será hasta la restauración cuando el panorama comunicativo nacional experimente en su casi totalidad las mutaciones derivadas de la evolución hacia el modelo empresarial en cuyo seno intentó desarrollarse el periodismo a partir de entonces. Durante la etapa canovista la prensa informativa encontró en la estabilidad del turno pacífico una oportunidad inmejorable para desplazar, aunque nunca del todo, las cabeceras que habían hecho del partido la razón de su existencia, además de ser reclamada por las más altas instancias del poder alfonsino para acometer la labor defensiva de un régimen que había nacido débil y que en la alianza entre conservadores y burgueses se había beneficiado de las ventajas de los periódicos a la hora de salvaguardar el bisoño sistema.

Las ayudas a la actividad periodística, con sus aciertos y sus errores, se materializaron en la etapa inaugurada tras el pronunciamiento del general Arsenio Martínez Campos en mayores inversiones mejor racionalizadas y los resultados de la aventura mercantil en el universo comunicativo hizo casi por completo realidad la metamorfosis de los periódicos en su tránsito hacia directrices informativas y empresariales: el progreso técnico, con la revolución de la industria papelera y la mejora de los medios de impresión; los cambios en el marco legal de la libertad expresiva y de prensa; las transformaciones en el espacio público de recepción, etc. La imposición de la tiranía del ingreso de beneficios por publicidad y venta de ejemplares, frente a las subvenciones ministeriales o los donativos particulares, obligó a las cabeceras a una atroz competencia para hacerse con más lectores, objetivo último al que respondía la transformación morfológica y temática abanderada por los periódicos.

cos para convertirse en un producto más atractivo y apetitoso a los deseosos ojos de sus potenciales compradores.

En este clima de feroz competitividad, la inclusión de los contenidos literarios, como reconoce Marta Palenque, era obligada por las ventajas obtenidas con el traspaso de obras y autores de los libros a los periódicos. La aparición de suplementos o páginas literarias en las cabeceras de la época así lo constatan, sobre todo si advertimos, como menciona la autora, que la tendencia inaugurada por *Los Lunes de El Imparcial* en 1874 fue calurosamente acogida por los lectores de la restauración y rápidamente imitada por otros títulos -*Los Lunes de El Liberal*, *Hoja literaria de los lunes de La Época*, *Página Dominical de El País*⁵- que no deseaban estar rezagados a la hora de conquistar un mercado exiguo para la enorme cantidad de cabeceras que se imprimían. Esta presencia literaria en los diarios, que ya no respondía a la amistad mantenida entre el editor y los escritores, recibió también el beneplácito de las jóvenes promesas de las letras, quienes encontraron en los canales periodísticos la primera oportunidad en el dificultoso proceso de la consagración y la fama.

¿Cuáles fueron estas bondades aportadas por la fantasía? En primer lugar, la ficción -aunque émula de la sensibilidad realista del período finisecular- satisfacía la carencia de contenidos puramente informativos y la imposibilidad, dadas las limitaciones de las recién revolucionadas telecomunicaciones, de acceder a la multiplicidad de hechos en permanente sucesión a lo largo de todo el globo terrestre. Las páginas de los periódicos se llenaban así de textos que guardaban poca similitud con las noticias y los breves de los corresponsales o del servicio telegráfico.

Además de subsanar esta inopia informativa, los temas artísticos, poco comprometidos -aparentemente- con la política que en esos años se deseaba apaciguar tras una historia de convulsiones, abordaban conocimientos de las diversas ramas del saber bien asimilados por un público que se había cansado de las polémicas entre periódicos como apéndice de las agrias sesiones congresuales y de la incitación patriótica al enfrentamiento con la potencia estadounidense en el marco independentista cubano. El sosiego tras la vuelta borbónica se tradujo en una desatención (que no eliminación porque algunas cabeceras continuaban la tendencia de la prensa de partido) hacia la pugna política y su reemplazo por temas amenos con los que se satisficieran las ansiedades formativas y lúdicas desplegadas por el nuevo público, amén de temas truculentos y morbosos.

El equipo humano de las redacciones también obtenía elevados beneficios con la fuga de firmas, consagradas o noveles, a las tribunas periodísticas, pues además de suplirse la carencia de informadores instruidos en el análisis crítico y en las técnicas redaccionales de la que adolecía la profesión, los editores de los diarios se veían favorecidos por la captación de receptores entre los asiduos lectores de la nómina de novelistas, dramaturgos, ensayistas y poetas que en el siglo XIX simultanearon sus composiciones creativas con las destinadas a los periódicos, como medida, según apostilla Félix Rebollo Sánchez, para incrementar los bajos ingresos que en la primera de las facetas recibían⁶.

En lo que a los géneros respecta, es evidente la riqueza aportada al periodismo por las formas de la prosa literaria -dietario, relatos de viajes, ensayo, prosa de costumbres, memo-

⁵ PALENQUE, M., "Prensa y creación literaria durante la Restauración" (1874-1902), en ROMERO TOBAR, L. (coord.), *Historia de la literatura española. Siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, 1998, pág. 62.

⁶ REBOLLO SÁNCHEZ, F., *Periodismo y movimientos literarios contemporáneos españoles (1900-1939)*, Madrid, Herga & Fierro Editores, 1997, págs.13-14.

rias, biografía, autobiografías, semblanzas, retratos, confesiones, literatura epistolar, articu- lismo de costumbre, ensayo, relatos breves, cuentos, folletines, reportajes novelados, etc.⁷ que ofrecían un universo ilimitado de posibilidades con el que provocar la sensación en los lectores y lograr así su posterior captación para la lista de suscriptores.

A pesar de que la difusión de la literatura en los diarios⁸ había resultado una actividad enormemen- te lucrativa para editores y directores, no podemos dejar pasar por alto que el ideal cultural definido correspondía al deseado por la clase dominante, que hacía suya la producción y difusión de las Artes y las Letras para mantener en la pobreza crítica a los individuos de sustratos inferiores quienes, con- secuentemente, eran más fáciles de controlar. Al mismo tiempo se favorecía a los ya privilegiados del sistema, preparándolos para ocupar los cargos de gestión y dirección del mismo.

Como sentencia Marta Palenque, "*la clase burguesa en el poder le concede un indiscutible protago- nismo cultural -a la prensa- y la usa para difundir sus valores, para dar credibilidad a su sistema*",⁹ com- pletando esta labor periodística con el acometimiento de proyectos educativos, en clara pugna con la autoridad eclesial en materias de enseñanza, y con el mecenazgo de variopintas iniciativas culturales, como los liceos, los ateneos, las academias, la organización de juegos florales y certámenes literarios, etc. Estas medidas se destinaban a mantener la fe en un dominio que desde otras instancias empezaba a ponerse en duda y que vio confirmada su quiebra en 1898, después de que numerosas voces se hubieran alzado para denunciar que la literatura se había sacrificado a los gustos oficiales de la clase atrincherada desde hacía casi un cuarto de siglo en los puestos de la administración canovista.

2.2. Purga de responsabilidad tras el desastre colonial: crisis y regeneración moral en la prensa

El valor y la fuerza demostrados por el universo periodístico en su sensibilización de la sociedad española ante el conflicto con los Estados Unidos por las posesiones de ultramar¹⁰, gracias a las infor-

⁷ Para un desarrollo de los mismos y su comprensión como formas expresivas que respondían a la representación de la realidad impuesta por la clase dominante, puede verse la obra de Chillón ya referenciada, en la que el autor adjunta los contenidos literarios de la prensa decimonónica a un cosmos delimitado por la implantación del capi- talismo industrial y los signos que lo definen: efervescencia de lo urbano, proletarización de las masas rurales, inversión de la estructura económica, ampliación de los sectores ilustrados, etc. Véase CHILLÓN, A., *Op. cit.*

⁸ Más allá de los estrechos márgenes del suplemento o de la hoja correspondiente, la literatura cobra autonomía dentro de otros apartados de las publicaciones restando espacio a los contenidos noticiosos, lo que origina, aunque sólo pode- mos apuntarlo como tema de posteriores investigaciones, la capacidad o incapacidad de lo literario para mantenerse ajeno a la línea editorial del periódico y conservar su autonomía estética. En lo que a literatura absolutamente autónoma de las cabeceras ya existentes se refiere, podemos citar la prensa ilustrada, continuadora de aquella tendencia inaugurada en la primera mitad del siglo XIX como consecuencia de la fuerte censura a la que se sometían los temas relacionados con el ejercicio del gobierno y la religión, posibilitando el desarrollo de todos los ámbitos del saber que no tuvieran ningún punto de relación con las materias vetadas. Marta Palenque completa estas variedades con la prensa cultural obrera (puede verse al respecto BELLIDO NAVARRO, P., *Literatura e ideología en la prensa socialista. 1885-1917*, Sevilla, Ediciones Alfar, 1993), la prensa satírica y la cultural. Véase PALENQUE, M., *Op. cit.*

⁹ *Ibid.*, pág. 60.

¹⁰ Francisco Villacorta Baños define los títulos que se enfrascaron en la propaganda anti-estadounidense como "*prensa mercenaria en un patriotismo de medallón de hojalata que confundía España con la rapacidad colonial*". Véase VILLACORTA BAÑOS, F., *Op. cit.*, pág. 90. Menos hiriente es la afirmación de M^o Cruz Seoane, quien recoge la imposibilidad de exculpar a los periodistas que "*tuvieron que entonar el mea culpa y hacer examen de conciencia*", pero igual de significativa a la hora de adjudicar responsabilidades en los desastres de la guerra. Véase SEOANE, M^o C., *Historia del Periodismo en España. El siglo XIX*, Madrid, Alianza Editorial, 1990, págs. 315-316. Discordante es la opinión de Marta Palenque, quien disminuye la culpabilidad de la prensa al estar sometida ésta a los peores vicios de las viejas costumbres y creencias nacionales. Véase PALENQUE, M., *Op. cit.*, pág. 269.

maciones insertadas sobre el desarrollo de la contienda en las que se sustituía la asepsia objetiva por un tono de arenga nacional poco consciente del mermado poderío de la potencia colonial que había sido España, permitieron a la prensa expiar la irresponsabilidad de la que había hecho gala al ponerse fin a tan deshonesto espectáculo.

En las orientaciones culturales que inundaron las páginas periodísticas en el último año del siglo XIX y en los primeros del XX encontraron los informadores un acertado camino para hacerse eco de las protestas y solicitudes proclamadas por los diferentes sectores que se aventuraron en el campo de la regeneración, sobre todo porque, como recoge César Antonio Molina, la función asignada a esta prensa cultural -"el cultivo de las facultades intelectuales del hombre"¹¹- podía satisfacer los deseos de renovación moral, política, social, económica e intelectual provocados por ese malestar en el que se encontraban sumidos los españoles tras conocer el desenlace de la guerra colonial.

La mentalidad noventayochesca, fortalecida tras la hecatombe nacional, se insertaba en un desolador cuadro por cuanto se había puesto en duda el sacrosanto valor del infalible método científico positivista, el ideal parlamentario y la efectividad de la primera experiencia con la que se había querido pacificar la vida española. Pero al mismo tiempo se abría tímidamente a la esperanza por la pluralidad ideológica en la que se cobijaron los nombres que se alinearon -respetando siempre la individualidad de sus autores- en la lista de la generación del 98, circunscrita sociológicamente al grupo de una pequeña burguesía poco preparada para hacer frente a una burguesía dominante y que recibía un apoyo nulo de las formaciones sociales que empezaban a reclamar su protagonismo en el espacio social.

Las críticas a su irrelevante aporte de soluciones por el escaso nivel de identificación con un determinado proyecto político se compensaban, no obstante, con su feraz producción literaria y periodística donde plasmaron los ideales de un hombre nuevo que se mostraba disconforme hacia la herencia legada y abominaba del pragmatismo, las falsedades y el mal funcionamiento restauradores.

El tono apocalíptico y angustiado ante la mediocridad y el subdesarrollo a los que el caciquismo, la oligarquía y la falsedad del sufragio universal habían condenado la conciencia política española, se trasladó de los circuitos marginales librescos a la tribuna viva y dinámica de los periódicos¹² para difundir los nuevos principios que animaban la labor reflexiva de numerosos escritores y políticos afanados en llegar a un público amplio y superar la barrera del lector habitual de las obras ensayísticas en las que ya se había manifestado el pensamiento regenerador, extrapolado también a otros ámbitos como el de la enseñanza.

¹¹ MOLINA, C. A., *Medio siglo de prensa literaria española (1900-1950)*, Madrid, Ediciones Endymión, 1990, pág. 21.

¹² Un repaso a la obra de Félix Rebollo Sánchez nos permite conocer el periplo que algunos autores noventayochistas realizaron por los periódicos españoles de la época. Azorín, redactor y enviado especial, fue el miembro que más activamente participó en los periódicos, desde los títulos de su Monóvar natal -*Voz de Monóvar*, *El Eco Monovarense*, etc.- hasta publicaciones nacionales como *El Pueblo*, *El País*, *El Progreso*, *La Correspondencia de España*, *España*, *El Imparcial*, *ABC*. Pío Baroja fue más conocido como escritor pero tuvo también que acercarse a las páginas de los periódicos por necesidades económicas y colaboró en *El País*, *La Unión Liberal*, *El Liberal*, *El Imparcial*, *El Globo*, *La Época*, *La Voz de Guipúzcoa*, *El Pueblo Vasco*, entre otros. Ramiro de Maeztu desarrolló igualmente una prolífica labor en prensa con artículos en *Germinal*, *El País*, *La Correspondencia de España*, *El Imparcial*, *El Globo*, *España*, *Heraldo de Madrid*, etc., del mismo modo que Miguel de Unamuno, quien puso su pluma al servicio de *El Noticiero de Bilbao*, *El Imparcial*, *El Globo*, *Revista Nueva*, *La España Moderna*. Véase REBOLLO SÁNCHEZ, F., *Op. cit.*, págs. 37-52.

2.3. Las demandas laborales de los profesionales de la información

El mundo del periodismo, inserto finalmente en los circuitos capitalistas y sometido a escrutinio tras la consternación nacional de 1898, no podía quedar ajeno a las reivindicaciones que comenzado el siglo se exaltaban como requisitos ineludibles de los periodistas, a los que se empezaba a adjudicar tímidamente el estatus de profesionales. La lista de peticiones para mejorar el ambiente laboral de las redacciones se convertía en indicador de que las nefastas condiciones de estos trabajadores a las puertas del siglo XX eran poco disímiles de las de esos otros sufridos estratos obreros a los que la doctrina social impulsada por la Iglesia desde finales del siglo anterior trataba de proteger: bajos salarios, extenuantes jornadas, inexistencia de contratos, sometimiento a las imposiciones directivas, bajo grado de concienciación y profesionalización, ausencia de asociaciones protectoras de los periodistas, etc.

El descanso dominical era una más de las tantas reivindicaciones expuestas por los profesionales de la pluma ante los órganos directivos de los periódicos para los que trabajaban y el reconocimiento del mismo, aunque la ley que lo regulara no apareciera hasta 1904, autorizó a algunas empresas a prescindir de la publicación ordinaria los lunes para permitir también a los periodistas la santificación del día del Señor, un rito aducido por la Iglesia, entre otros motivos, para arrancar esta medida del gobierno. La apremiante necesidad, sin embargo, que obligaba a no poder prescindir de sacar a la calle el producto durante un día azuzó el ingenio de los editores y directores para combinar la dictadura de la actualidad y los mercados con el merecido descanso que se habían ganado los profesionales. Era necesario establecer una sabia conjugación entre atención a productor y receptor para no violar los derechos que a ambos correspondían: al lector, el de estar informado continuamente de lo sucedido en su país, o más allá de las fronteras del mismo; al redactor, el justo descanso requerido para no renegar de una profesión tan poco agradecida con sus plantillas.

Nacían así hojas y suplementos literarios que pronto lograron, como hemos tenido ocasión de ver, un privilegiado hueco entre los gustos del auditorio y gracias a los cuales se consolidaba, aún más, el papel cultural del periódico que se aupó hasta el lugar tradicionalmente ocupado por el libro en estos menesteres y lo desplazó, como muy bien han señalado Ángeles Ezama Gil y Jürgen Habermas cuando afirman que el diario acabó convertido en una suerte de "*enciclopedia popular*"¹³, en "*la gran literatura de la sociedad de masas*"¹⁴.

3. Los suplementos literarios: el caso sevillano

3.1. La capital hispalense en 1900

La Sevilla del nuevo siglo, tras su periplo por la primera fase del régimen canovista, había aprendido a combinar estabilidad política, prosperidad económica y consolidación social de las clases distinguidas con la imposibilidad de aprovecharse en su con-

¹³ EZAMA GIL, Á., *El cuento de la prensa y otros cuentos. Aproximación al estudio del relato breve entre 1890 y 1900*, Zaragoza, Prensas Universitarias Zaragoza, 1992, pág. 21.

¹⁴ HABERMAS, J., *Historia y crítica de la opinión pública*, en CHILLÓN, A., *Op. cit.*, pág. 187.

junto de las ventajas brindadas por el nuevo ciclo histórico de paz y prosperidad¹⁵. Remitiéndonos directamente al ambiente intelectual de la capital hispalense, en las puertas de la nueva centuria el cultivo del periodismo y la literatura estaba también condicionado por la tirantez entre progreso y reacción, de tal modo que si bien se llegó a contar con más de veinticinco cabeceras (entre ellas, *El Noticiero Sevillano*, *El Porvenir*, *El Liberal*, *El Correo de Andalucía*) y numerosas publicaciones fechadas a lo largo de toda la centuria decimonónica en las que se dejaba constancia de la atención al fenómeno literario (*Álbum de las Bellas*, *Andalucía Ilustrada*, *Archivo Hispalense*, *El Arte Andaluz*, *El Ateneo*, *La Floresta Andaluza*), el elevado índice de analfabetismo y la escasez de recursos para hacer frente al mismo condenaban a las clases más desfavorecidas¹⁶ al silencio informativo y cultural por no disponer de suficientes centros educativos en los que se pudiera acometer su instrucción.

La estructura mediática hispalense se desenvolvía, pues, entre las pautas marcadas por la gran prensa nacional (una legislación más permisiva con las actividades periodísticas y fortalecedora de las incipientes empresas informativas en las cuales se armonizaban actualidad e inspiración comercial) y las restricciones con las que su peculiar modernización había castigado a la población sevillana.

3.2. Ejemplos de suplementos literarios

3.2.1. El Correo de Andalucía: *el ajuste a la rutina periodístico-literaria*

El 11 de febrero de 1899, diez días después de que el Arzobispado de Sevilla presentara a la opinión pública hispalense el "Diario Católico de Noticias" propiedad del prelado sevillano, aparecía en la primera página de la citada cabecera una información que con el título de "Hoja literaria de *El Correo de Andalucía*" informaba a sus lectores de que a partir del lunes siguiente *El Correo de Andalucía* sería sustituido dicho día de la semana por otra publicación en la que, de acuerdo con la total adhesión a las enseñanzas papales sobre el precepto de santificación del día del Señor, se respetaba el descanso dominical de los redactores de la plantilla, y en la que se continuarían cumpliendo las necesidades informativas del público. Con esta carta de presentación, desde el lunes 13 de febrero se publicaría una hoja literaria con la que se amenizaría la actualidad de la escena informativa sevillana, a la vez que serviría de "estímulo y acicate á los literarios y poetas (...) para lucir las facultades con que se ha dignado Dios a enaltecerles"¹⁷. Sus ejemplares se repartirían gratuitamente entre los suscriptores y se venderían al precio del número ordinario entre el resto de los lectores.

¹⁵ BRAOJOS GARRIDO, A., PARIAS SAINZ DE LAS ROSAS, M., ÁLVAREZ REY, L., *Historia de Sevilla. Sevilla en el siglo XX (1868-1950)*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1990, pág. 33. Consúltese esta obra para completar el esbozo aquí realizado sobre la realidad económica, demográfica, social, política, etc., de la capital andaluza.

¹⁶ Debemos considerar aparte la existencia de élites intelectuales, miembros de la aristocracia o de la burguesía, que en sus discusiones traían a la capital el eco de las nuevas corrientes filosóficas y de pensamiento, por ejemplo el krausismo, difundido más allá de los muros de la Universidad hispalense gracias a la labor de Federico de Castro o Antonio Machado y Álvarez.

¹⁷ "Hoja literaria de *El Correo de Andalucía*" en *El Correo de Andalucía*, primera página de la edición de la mañana, 11 de febrero de 1899.

La "Hoja literaria", perfectamente integrada en el periódico durante sus primeros números, meses después, el 7 de agosto de 1899, se desgajaría del diario para adquirir una autonomía que se manifestó en el cambio de nombre -"Número literario"-, formato y numeración, así como en la venta independiente. Bajo esta segunda apariencia, el suplemento basó su composición en secciones fijas ("Celebridades católicas", "Historietas y cuentos", "Perfiles y borriones", "Chispas", "Variedades", "Revista científica", "Crónica", "Pinceladas de Sevilla", "Ecos y rumores", "Sección de noticias religiosas, locales y telegráficas", etc.) y textos independientes de variable categoría (relatos breves, poemas, letrillas de canciones, ensayos, revistas de prensa, humor gráfico, etc.), en los que se difundía el ideario de la doctrina social inaugurada por la Iglesia con el pontificado de León XIII, quien defendía la necesidad de cristianizar el capitalismo, pues era inevitable y todas las sociedades caminaban o estaban ya en él.

3.2.2. *El Porvenir y su deserción literaria: la hoja de "Los Jueves"*¹⁸

Algo más de dos años después, el 19 de junio de 1901, aparecía en la escena publicística sevillana la apuesta literaria de *El Porvenir*, "Diario político independiente: diario de avisos y noticias"¹⁹ fundado en 1848 y publicado ininterrumpidamente, excepto los lunes, hasta su desaparición en 1909²⁰. Con la intención de amenizar la publicación ordinaria y elevar la calidad del trato dispensado a la literatura por las cabeceras sevillanas (ahogadas en el fracaso según el rotativo, por el liviano tratamiento con el que se había desenvuelto esta aproximación a la actividad creativa) el diario se lanzó a la publicación de una hoja literaria los jueves, con la que rompía la tendencia entre las cabeceras nacionales y locales de aprovechar el día siguiente al domingo para sumergirse con más profundidad que el resto de la semana en el fenómeno literario.

Los límites a la inclusión de los autores se fijaban en el buen gusto y en las aptitudes creativas de las jóvenes promesas, y así se contendrían todas las plumas comprometidas con el ideal de la belleza más allá de su pertenencia a las escuelas enfrascadas improductivamente en enconados altercados para afianzar su dominio sobre el resto de las corrientes que aspiraban en cada época a imponer su modelo estético. Se incluirían sobre todo, artículos de bibliografía y de reseñas literarias críticas, poco encomiadoras, como se había impuesto en textos similares insertos en otros periódicos que realizaban una fácil alabanza de las creaciones artísticas sin atenerse a la rectitud compositiva y estética.

¹⁸ Los extractos de los artículos originales de *El Porvenir* se los debemos a la Dra. M^a José Ruiz Acosta.

¹⁹ BRAOJOS GARRIDO, A. TORIBIO MATAS, M., *Guía de la Hemeroteca Municipal* (Volumen I), Sevilla, Delegación de Cultura del Ayuntamiento de Sevilla, 1990, pág. 93.

²⁰ RUIZ ACOSTA, M^a J., *Sevilla e Hispanoamérica. Prensa y opinión pública tras el Desastre de 1898*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos - CIS, 1996, pág. 60.